

LA LUZ.

SEMANARIO

FILOSÓFICO-MORAL Y LITERARIO.

Puntos de suscripcion.

EN BARCELONA: En la administracion de la imprenta de Jaime Jeps, calle de Petritxol, núm. 14.

EN PROVINCIAS: Por conducto de los Sres. Comisionados de esta casa, ó directamente á la administracion, remitiendo el importe en sellos de 4 cuartos.

Precios de suscripcion.

2 rs. al mes en toda España.—Un número suelto 1 real.

Filosofia moral es la ciencia que trata de la bondad y maldad de las acciones humanas, y explica la naturaleza de las virtudes y vicios.

(Diccion. enc. de la Lengua española.)

SECCION DOCTRINAL.

UN SALUDO Y UNA INVITACION.

Justo es, al empezar la publicacion del *Semanario LA Luz*, dar una mirada en torno nuestro y habida consideracion á los lectores, dirigirles un saludo de pura y franca simpatia.

Sin duda, que sereis vosotros los representantes de la prensa, los que leereis con mas atencion nuestro prospecto y el primero de nuestros números. Gracias. Vuestra

galanteria llegará hasta el extremo de bajar hasta nosotros que nos veremos muy honrados con vuestra atencion y exámen. No busqueis en nosotros el mérito literario, solo si las mas rectas intenciones. Lo mejor de nuestras columnas será lo que ocupen vuestros artículos morales conformes á nuestro programa; escribidlos y al cambiar el periódico con vosotros, leereis vuestros escritos, en lugar preferente de LA LUZ.

¿Sois escritores en otros géneros? Salud. Juzgad y remitid artículos y composiciones dignas de vosotros. La Redaccion y la Direccion los juzgarán amigablemente, y sa-

brán conocer que merecen los honores de la publicidad.

¿Sois depositarios de la verdad? La Direccion os aguarda respetuosamente para oirla, porque solo por su amor se lanza al mar borrascoso del periodismo. Aguardamos consejos de quien puede, sabe y nos ame.

¿Sois profesores de filosofia moral segun el espíritu recto? La Redaccion retirará todos sus artículos y composiciones cuando admita vuestros trabajos literarios. Todo el *Semanario* es vuestro.

¿Eres tú, amada juventud, eres tú la lectora del *Semanario*? Es tu amigo: y si en horas de inspiracion escribes tus pensamientos pasajeros y ruidosos como un torbellino, confórmalos con nuestro programa, y habrá en el *Semanario* páginas de fuego.

Espanoles, ¿quereis que la filosofia moral y la literatura de buen género vengán á poner la paz, en el hogar doméstico? Os invita y os saluda el *Semanario* LA LUZ. No le juzgueis sin oirlo, porque quiere le comprendais.

LA REDACCION.

Barcelona 1.º Noviembre de 1861.



NUESTRAS DOCTRINAS.

Cuando son tantos los Sres. periodistas que ilustran la opinion pública con sus artículos filosófico-morales, parece escusado el escribir un *Semanario* de este género, pero si se atiende al espíritu del siglo y á la desigualdad de las fortunas, no es inútil presentar una série de artículos y composiciones que moralicen y sean accesibles al menos acudido de los lectores; artículos y composiciones que podrán formar tomos de escritos que á nadie pueden ser perjudiciales, porque nuestra filosofia moral «respetará á Dios

y al catolicismo verdadero.» Esto decimos en nuestro prospecto, que transcribiremos semanalmente, para evitar polémicas, teniendo á mano la contestacion los que nos honren con sus reparos.

Analizaremos las acciones humanas, la libertad moral del hombre, sus límites y sus acciones involuntarias, discuriendo sobre esto con la sencillez necesaria para que seamos comprendidos por la clase menos ilustrada, á la que van especialmente dirigidos nuestros escritos, dejando para los señores que nos remitan composiciones, el lenguaje de la ciencia con que esperamos honrarán nuestras columnas. Hablaremos sobre la regla de las acciones humanas, sobre la obligacion moral, la ley natural, su sancion y la moralidad de las acciones. Tal vez, sobre este punto no seremos bastante aplaudidos por algunos talentos, pero, seremos tan tolerantes, como se desprende del título del *Semanario*. Amamos la luz.

Será objeto de nuestros artículos la conciencia moral en sus divisiones; veremos en que sentido la conciencia moral es regla de las acciones humanas, y sobre la influencia que debe tener en las acciones el dictámen de la conciencia seremos inflexibles.

Filosofaremos sobre el bien, su naturaleza y especies distintas del mismo, y con la sola razon *humilde* trataremos del supremo bien del hombre, del bien humano, de la inmortalidad del alma, y del bien actual, en cuyo último asunto no seremos quizá de la opinion de algunos de nuestros apreciables lectores. No obstante, seremos cautos y galantes, sin *causticismo* ni *sátira*.

Pasaremos en seguida á la filosofia moral práctica, y diremos nuestro parecer sobre los deberes del hombre en orden á la sensibilidad, á la voluntad, y á la inteligencia. No seremos materialistas, y por esto, daremos de vez en cuando algunas miradas al

Cielo. El verdadero filósofo moral sabe que Dios es la sabiduría infinita, y que el hombre es grande en su pequeñez y pequeño en su grandeza, en espresion de nuestro Balmes. Procuraremos examinar la índole de las acciones humanas respecto al cuerpo y la defensa de la vida. El duelo y el suicidio que son la mayor de las cobardías, y la mas terrible de las inconsecuencias, ocuparán nuestro entendimiento, inspirarán nuestra pluma verdaderamente moral. No haremos concesiones impías.

Sobre las obligaciones del hombre para con Dios, sabremos acordarnos de que nuestro *Semanario* es solo filosófico y no religioso, pero al leer en la historia los nombres de filósofos que han tratado este asunto con la sola razon, les imitaremos con sumo tino, dejando para los escritos teológicos el tratar dogmáticamente de la Religion.

No olvidaremos las obligaciones del hombre para con sus semejantes, y discurriendo sobre la justicia, veremos nuestras obligaciones en orden á la persona del prójimo, á sus bienes, y á su opinion; sobre cuyo último extremo seremos mas esplicitos de lo que tal vez se desearia. Somos hermanos.

Finalmente, escribiremos sobre la Sociedad conyugal con modestia, de la paterna hablaremos con respeto, trataremos de la dominical con sumision, y de la civil con caridad. De este gran cuadro de deberes sacaremos mil consecuencias prácticas procurando que nuestro *Semanario* pueda presentarse cada Domingo como una verdadera Luz, que no deslumbre al niño, ni deje á los mayores en oscuridad.

Nuestra parte literaria constará de alguna composicion en verso, sin libertades inconvenientes; algunas composiciones poéticas, pero en prosa segun el estilo ya moderno, ya antiguo, y alguna leyenda, ó en su lugar una novela segun nuestro programa. Generalmente en la parte literaria bri-

llará tambien «la naturalidad que será nuestra elocuencia.» Nuestro *Semanario* no tendrá jamás color político. Todo artículo de Moral cristiana tendrá la aprobacion del ilustrado censor nombrado por el Diocesano. Suplicamos con ansia á los Sres. Periodistas se sirvan escribir, y remitirnos artículos segun nuestras ideas, para formar un repertorio de moral filosófica que honre á la prensa española. Leeremos con gusto lo que se publique, tal vez, contra nuestros escritos. Si es un buen consejo, ó una advertencia digna, lo tendremos como un regalo de amistad; si no lo fuera, repetiremos que «la mofa y la caricatura, no hablan con LA LUZ.

Por la Direccion,

JOLÉ AMORES.

Con sumo gusto insertamos el siguiente artículo, esperando que su autor nos favorecerá con otros trabajos en adelante.

LA FILOSOFÍA Y LA MORAL.

I.

Quando las ciencias se hallaban en su principio, todas venian comprendidas bajo el significado de la palabra filosofia; mas como el hombre aspira de continuo á la perfeccion posible de su inteligencia, no se contentó con los conocimientos adquiridos, sino que hizo pié en ellos para llegar á otras verdades; todos los siglos, las edades todas conducidas por tan noble aspiracion se esforzaron sin cesar en vencer los obstáculos que á ella se oponian y dilatar así el mundo que sus maestros les habian legado. De esta suerte las ciencias tomaron con el tiempo un desarrollo extraordinario, multiplicáronse los conocimientos, por lo cual se hizo indispensable su ramificacion, constituyendo varios grupos, que subdividiéndose á su vez y tomando nombres distintos segun su naturaleza, han venido á formar la diversas ciencias que en el dia conocemos, empero quedando reservado el nombre de filosofia á una de las mas importantes de entre ellas.

Ya en tiempos muy remotos debió conocerse el valor de lo que hoy se llama filosofia y llamó sin

duda la atención de un modo especial, puesto que muchos años antes de nuestra era los griegos escribieron en la entrada de uno de sus templos mas renombrados y respetados del templo de Delfos las siguientes palabras: *nosce te ipsum*, cuya inscripcion indica ya la necesidad de estudiar esta ciencia. Desde entonces tampoco ha sido echada en olvido. Multitud de varones esclarecidos por su talento y su saber la han cultivado, dedicando á ella quizás la vida entera y sujetándose á improbos trabajos y á las privaciones y sacrificios que su estudio exige. Mas desgraciadamente no siempre se ha conocido su verdadera importancia, ó cuando menos se ha querido desconocer, pues se ha fijado muy poco la atención en las consecuencias trascendentales que lleva consigo, porque de otra suerte nos parece imposible la facilidad con que se han creado tantos sistemas filosóficos, hijos unos del espíritu de sistema, otros del deseo de innovacion y no pocos de una mente extraviada. No podemos creer sino que muchos de los que se decian amantes de la ciencia y á quienes, á nuestro parecer, injustamente damos aun este nombre, eran capitales enemigos de la ciencia que profesaban y de sus semejantes á los cuales querian instruir. Entre tanto las obras filosóficas, mas ó menos modestas, han llovido en abundancia, sembrando en abundancia tambien la zizaña en el entendimiento y en el corazon la duda, la indiferencia y quizás el vicio. Esto no es decir sin embargo que no se haya escrito en este ramo ninguna obra digna de leerse y cuyas ideas puedan aceptarse con provecho; empero léase la historia de la filosofía, examínense las obras escritas y júzguese. En nuestros dias, atormentados por un vértigo filosófico, queremos explicarlo todo por la filosofía, se habla de ella en todas las esferas; y á pesar de esto se manifiestan privada y públicamente doctrinas no muy provechosas que digamos, ni muy santas, cual si los conocimientos humanos fuesen únicamente ideas pasajeras y superficiales que se lleva el viento á su primer impulso! No; la filosofía no es un mero pasatiempo, no es una cosa indiferente, como no lo son nuestras ideas; sino que ejerce grandísima influencia en la vida moral del individuo, de la familia y de los pueblos. Examínese la naturaleza del hombre, consúltese la historia, que es una manifestacion y en ese estudio se hallará la razon y la prueba.

El hombre no es, como han querido significar algunos, una máquina material sujeta á un dinamismo regulado: no obra impelido por un instinto fatal, ni está entregado al azar, ni anda ciego por este mundo de transicion tropezando acá y cayendo acullá; porque al aplicar su actividad, una luz interior, destello de la divinidad, endereza sus pasos hácia el templo de la verdad, dirige su corazon á la

mansion de la virtud. Cuando la Divina Providencia le creó superior á los demás seres y le hizo rey de la creacion, dotóle asimismo de facultades que ninguno de aquellos posee, las cuales le distinguen y le ennoblecen, porque, si algunos animales tienen parecida la fisonomía material, él tan solo puede hacer alarde de una fisonomía moral que es á imagen y semejanza de la Divinidad. Mientras todo lo que gira á su alrededor es materia inerte sujeta á la inaccion, ó seres raquíticos movidos por un instinto mas ó menos perfecto, levántase moralmente entre ellos el hombre, de la misma suerte que la elevada palmera entre la menuda arena del desierto. No fué bastante que el Criador le diera sensibilidad: le infundió una alma racional y libre; pero enlazando de tal modo estos dos atributos en su naturaleza que el uno supone precisamente el otro, puesto que no seria libre, si no fuese un sér racional. Y ello es evidente: porque como se puede concebir libertad moral, libertad psicológica sin la facultad de hacer, ó dejar de hacer, de seguir un camino, ú otro distinto? Y es posible esta facultad, si el individuo no conoce, no compara, no juzga? De esto podemos deducir una consecuencia, porque, si el hombre es libre, puesto que es un sér racional, y sus pensamientos, sus actos le son imputables, porque es libre, es lógico asegurar que es responsable de sus acciones, de sus pensamientos por estar dotado de razon, lo cual nos dice no solo que estos dos atributos existan no estrecha alianza, sino que la razon impera sobre la voluntad libre. Pero todavia hemos de decir algo mas para dar á comprender mejor nuestro pensamiento. Esa union, esa correspondencia que acabamos de observar en distintas facultades de nuestra alma no es un hecho casual; nada hay casual entre las obras de Dios, aunque no siempre sea dado explicar su causa.

Efectivamente: si estudiamos cualquiera de los fenómenos de nuestra voluntad libre, le hallamos constantemente precedido de fenómenos de la inteligencia. Antes de poner en ejercicio nuestra actividad, conocemos, deliberamos, resolvemos; y la razon es óbvia, porque antes de hacer es preciso querer hacer, al contrario no habria libertad; para querer es indispensable la facultad de elegir entre dos, ó mas objetos; entre dos, ó mas acciones; para elegir se debe comparar y finalmente para comparar es forzoso conocer. Ahora bien, esta serie de fenómenos intelectuales que podemos reconocer todos los dias, si fijamos la atención en la conciencia, esta serie de fenómenos que arrancan todos del conocimiento que tengamos de las cosas, y cuando decimos de las cosas, entendemos todo aquello que puede ser objeto del conocimiento, nos indica bien claramente que este juega un papel importantísimo en nuestras acciones libres, ya que es un antecedente necesario de

las mismas, y en consecuencia el estado de la inteligencia debe tener grande influjo en el estado del corazón y la filosofía en la moral del individuo. He aquí pues porque decíamos antes de ahora que este ramo de la ciencia no era cosa indiferente.

Mas no se crea que con esto queramos significar que el valor moral de las acciones y pensamientos dependa de la filosofía, ó sea que convirtamos la razón en *arbitrium et jus et norma*; por fortuna no somos secuaces del racionalismo, porque estamos convencidos de la debilidad de las fuerzas humanas y de la imperiosa necesidad de que la antorcha de la fé alumbrase la razón y sea su compañera inseparable. No: mil veces no: decimos únicamente que la filosofía influye en la moral: que una teoría filosófica que se aparte de la verdad, así como lleva la duda y el error en la inteligencia, puede llevar también la indiferencia, el vicio, la impiedad y el cinismo en el corazón. Si Locke, Condillac y Helvétius llegaban á persuadirnos con sus esplicaciones acerca el origen de las ideas, se creará acaso que nuestros sentimientos no sufrirían variación alguna? no creyendo en la existencia de otras ideas que las adquiridas por los sentidos, quizás nos entregaríamos en brazos de la materia, única cosa que entonces podría dar pábulo á la inteligencia y poco á poco andaríamos hácia el materialismo que envilece nuestra naturaleza, que la embrutece. Y tal vez, tal vez no sería este el fin de nuestra desgracia, porque luchando la teoría con la experiencia de todos los días quizás caeríamos en la indiferencia y en el escepticismo. Por otra parte; si los idealistas, conseguían la victoria no serían menos fatales los estragos: empezariamos por dudar de todo para acabar no creyendo en nada. Una lucha constante se establecería en la conciencia entre nuestros principios y la realidad y de en medio de este desorden moral seguramente que no saldria muy bien librada la virtud. Si esto es cierto, considerando la filosofía en general, que diremos al estudiar la influencia que deben de tener en nuestra moral los principios que atacan directamente lo mas sagrado, si tenemos la desgracia de seguirlos?

B. C.

SECCION LITERARIA.

ESTA TARDE.

Los días tristes se vienen,
Los días tristes se van,
Y corren unos tras otros
Del tiempo en la inmensidad,

Como las nubes del cielo,
Como las olas del mar.
Y en tanto pasa la vida,
Y en tanto muere el afán
De los placeres; caduca
La vejez se acerca ya;
Las ilusiones se alejan
De su triste lecho ¡ay!
Como bandada de cuervos
Que ahuyenta la tempestad.
¡Ilusiones! blandas brisas
De soplo leve y fugaz
Que divagan juguetonas
Por nuestro cielo ideal:
Brisas que sintió la virgen
Con sus cabellos jugar,
Brisas que al niño adormieran
Sobre su frente al pasar
Con lánguido murmullo
Con un suspiro falaz!
Brisas de doradas alas
Lejos, bien lejos volad,
Mi frente triste y siniestra
Ya no besareis jamás!

Que bella y que sonrosada
De su alcázar de cristal
Se levantó hoy la mañana!
Ya presto el sol le vá á dar
Sobre su frente risueña
El beso matutinal.

Triste imagen de la vida
Es esa mañana ¡ay!
Con sus flores matizadas,
Con sus perfumes de azahar,
Con su dorado horizonte
Que la noche ha de borrar!

¡La vida! Virgen hermosa
De pura y límpida faz,
Que entre recuerdos envuelta,
Velada por el pesar,
Sobre esperanzas dormida,
Solo teme el despertar!
De recuerdos y deseos
Cadena frágil no mas
Que truncara el desengaño
Y eslabonara el afán.

Triste imagen de la vida

Es esa mañana ¡ ay !
Con sus cánticos alegres
Que en rezos han de tornar.

Los días tristes se vienen ,
Los días tristes se van ,
Y el mundo en su loca orgía
Tal vez no los vé pasar.

¡ Como se agita esa turba
Revoltoza como el mar ,
Lijera cual torbellino ,
Bullente como un volvan ,
Delirante , enloquecida ,
Sin comprender , sin pensar ,
Lo que su pasado ha sido ,
Lo que mañana será !

¡ Como canta y como rie
Esas plazas al cruzar !

Ay ! el ángel de la muerte
Con sardónico mirar
Sobre esas frentes tranquilas
Sus alas tiende quizá !
Bacantes locas que arrastra
De música un huracán ,
¿ De donde esa gente viene ?
¿ A donde esa gente irá
Con el semblante risueño
Y satisfecha la faz ?
Llena de ilusiones viene ,
Trás un desengaño vá.

¡ Como canta y como rie
Esas plazas al cruzar !

Callad , callad , que se abren hoy las tumbas ,
Y la muerte cual sombra funeraria
Envuelta en su capuz ,
Tiende su dedo descarnado y seco
Y enseña al mundo en mística plegaria
Que en cada tumba helada vaga un eco ,
Que hay recuerdo triste en cada cruz.

Callad , callad , que el ángel de los muertos
Ceñudo turba vuestra alegre orgía
Con sardónica faz ,
Que el lúgubre rumor del bronce santo
Remeda el estertor de la agonía ,
Y triste el justo comprimiendo el llanto
Se estremece á su fúnebre compás.

Callad , callad , que el aura de la tarde
Bate sobre mi sien su ala sombría ,
Murmurando « Llorad ; »
Llorad hoy por las flores marchitadas
Cuyo aroma aspirasteis algún día
Y que entre el fango fétidas y heladas
Ahogó la tempestad.

También yo lloro ; entre la fresca yerba
Se levanta sombría y olvidada
Inmóvil una cruz :
¡ Tierna flor de corola encantadora
Apenas bien venida ya llorada ;
Sobre aquella azucena de la aurora
Tendió en breve la noche su capuz !

Tan jóven y morir !... Dios lo quería !
Impasible la vara del destino
Su frente marchitó.
¡ Ojalá , niño , por prostrar consuelo ,
Ya que tocaste el fin de tu camino ,
Los ángeles te quieran en el cielo
Como en la tierra te quería yo !

Muy triste está la tarde !... El sol se aleja ;
Y brilla ya sombría y funeraria
La luz crepuscular.
Muy triste está la tarde !... El mundo ora
Y levanta al que fué tierna plegaria
Y en sus recuerdos abismado llora
¡ Ay de aquel que no tiene á quien llorar !

« Llorad , llorad » en vano quiere el mundo
Ahogar en medio de su loca orgía
El eco de esa voz :
Ella despierta el alma embriagada ,
Ella hiel a la ardiente fantasía ,
Y hoy vuela en alas de la brisa helada
Que es la voz de las tumbas la de Dios.

ANICETO DE PAGÉS DE PUIG.



La modestia del autor del bello artículo
que vamos á insertar nos impide publicar
su nombre , pero su recto juicio nos permi-
te hagamos constar que mas ha procurado
hacer brillar la poesia que el escolasticismo
teológico en su ardiente composicion.

LA CREACION.

Erase un caos inmenso , desierto y lúgubre como
la muerte , árido y frio como el invierno , fúnebre y

aterrador como la noche que lo envolvía. Cáos sin vida y sin luz, en que solo existía el espacio sin tiempo y medida, en que solo reinaba la nada, palabra incomprensible y espantosa, cuyo solo recuerdo debiera humillar el insensato orgullo del hombre, dándole á conocer su impotencia y su debilidad.

Sobre aquel espacio sin límites paseaba orgulloso el ángel de la muerte su fatídica mirada: y contemplando con ávidos ojos y sarcástica sonrisa el inmenso vacío en que se cernía como único dueño y señor «todo es mío» repelia con acento estridente que se perdía en aquel vacío como un eco horrible de muerte, «todo es mío»; y arrojando espantosos chillidos, y estendiendo sus enlutadas alas, emprendía una rápida carrera frenético de gozo, y subía, y bajaba, y recorría los espacios sin dirección ni rumbo, y cansado y jadeante, y no encontrando en aquel desierto ni un erizado punto donde posar su planta, parábase de repente en medio del abismo, como si quisiera levantar allí para siempre el trono de su quimérico poder.

Y Dios desde su célica morada, rodeado de ángeles, de esplendor y de luz, dirigía hácia el revuelto cáos su potente mirada, y en su ardiente pupila bullía ya el poderoso rayo, que en un momento, debía llenar de vida y animación esos lúgubres palacios de la muerte.

Y los ángeles y querubenes formando coro, y arrodillados ante el trono del Señor, agitaban sus doradas alas, palmoteaban de contento, y entonando sus místicos himnos, cantaban las grandezas de su Dios.

«Señor, Señor, puebla de mundos, esos horribles desiertos» entonaban todos en armonioso coro, y alzando sus ojos radiantes de placer. «Señor, Señor, al soplo de tu aliento poderoso arroja á los avernos á ese ángel desterrado de tu gloria, que se goza allá en las tinieblas, y danos mundos desconocidos, danos nuevos seres á quienes amar, á quienes consolar, á quienes adormecen en nuestro regazo.»

Y Dios alzando su potente mano, y soltando su vibrante voz, «sí, dijo; yo arrancaré de esa nada colosales globos deslumbrantes de luz y de fulgor, que, rodando de continuo en los espacios sin tregua ni reposo, alumbren y animen al mundo de los mundos; á la tierra, en cuyo trono sentaré yo al hombre, rey de la naturaleza; al hombre, síntesis de la creación, y formado á imagen nuestra.»

Y estas mismas palabras retumbaron en la inmensidad de los Cielos, mezcladas al confuso rumor de los cánticos sublimes, de las célicas armonías que entonaron aquellos ángeles, puros como el aroma del amor que en torno suyo esparcían; y aleteando victoriosos, y estendiendo ya sus amorosos brazos, esperaban ansiosos el deseado instante de estrechar en ellos á la imagen de su Dios.

«Bendito, Rey de la creación, repetían en coro, bendito seas.»

— Yo velaré tu reposado sueño, y adormiré tu inocente alma, al suave compás de las dulces armonías de mi amor.»

— Yo alfombraré de flores tu camino, y convertiré tu santa y placida morada en un vergel eterno de aromas y justos placeres.»

— Yo apartaré de tu cuerpo los dolores físicos; yo alejaré de tu alma las tentaciones peligrosas, infundiéndole en tu corazón un eterno y casto amor á tu Criador.»

— Yo te amaré como en el Cielo, como entre nosotros se ama.»

— Yo te sonreiré.»

— Yo seguiré tus pisadas por do quiera que vayas.»

— Yo seré el ángel tutelar de tus acciones.»

— Yo te bendeciré.»

— Yo te haré conocer á Dios.»

Y aquellas purísimas criaturas, en cuyo corazón no cabía más que amor, dirigían impacientes sus miradas hácia el tenebroso espacio, y estaban pendientes de los labios del Señor, cuya sola palabra debía crear millares de globos.

De repente y al solo eco de aquella sagrada y mágica palabra, al «fiat lux» poderoso del Eterno, al choque eléctrico de las chispas desprendidas de los ojos de Jehová, se agitan los espacios, retumba la bóveda celeste, y aparecen, en revuelto tropel, infinidad de globos, envueltos en esplendentes oleadas de rutilante luz; confúndense sus atmósferas de fuego, rodando en impetuoso torbellino por el espacio; mas recobrando luego su círculo de revolución, marcado ya por el dedo de Dios, llenan de calor y vida aquel cáos, en que un momento antes no reinaba más que oscuridad y muerte.

Y entre todos estos globos luminosos, y entre todos estos mundos rodaba también en rápida carrera el mundo predilecto, la tierra de aromosas flores al hombre prometida, hácia la cual tendía Dios su mirada, y los ángeles sus brazos, inquietos ya para abrigar con ellos al nuevo ser que en ella se encerraba.

Porque en medio de esta tierra de promisión, en medio de este vergel que rodaba de continuo, había criado Dios al hombre, sublime destello de su potente divinidad.

Y los ángeles, alegres y bulliciosos bajaron á la tierra, y le rodearon, y le cobijaron con sus protectoras alas, como cobija la madre á sus hijuelos desnudos en el nido.

Mas el hombre, recibió de Dios otro ser de su naturaleza, recibió de Dios la muger, cuya fatal volubilidad, escrita ya en su frente, tan cara debía costar á sus descendientes.

Porque aquella muger, arrancada á una costilla del mismo Adán, y veleidosa como debían ser algunas de sus hijas, quebrantó los severos preceptos de su Dios; y, arrastrando con su mágico poder al hombre hácia el pecado, irritó la cólera divina, y, á los pocos días de su creación, nuestros primeros padres fueron arrojados ignominiosamente de aquella florida mansion de delicias y placeres que Dios había formado para ellos.

Y aquellos ángeles que creyeron encontrar en el hombre un ser virgen y puro como ellos; aquellas criaturas que tanto habían deseado rodearla de una atmósfera eterna de incienso y de placer, avergonzados y confusos estendieron sin vigor sus alas, y en medio de un pausado é incierto vuelo, y con el rostro oculto entre sus manos, volviéronse á los Cielos.

Y allí arrodillados ante el trono de Dios, y envueltas sus místicas plegarias entre los sublimes acordes de sus sagrados himnos, pidieron aun al Eterno perdón para el hombre...

Y de dolor lloraron...

EL CIEGO DE VALLADOLID.

I.

En la noche del 22 de enero del año 1832, cruzaba apresuradamente las calles de Valladolid, en busca de mi habitación situada por mi mal en uno de los extremos de la ciudad.

La noche era sumamente fría, encapotado el firmamento, y mi holgada capa podía á duras penas preservarme de la crudeza del tiempo.

Las once acababan de resonar; las calles estaban desiertas y completamente envueltas en la oscuridad, si exceptuamos algunos puntos en donde las tinieblas luchaban con la pálida luz de los reverberos.

De vez en cuando aparecía á lo lejos un punto luminoso que lentamente iba tomando proporciones, y una voz gangosa, después de la consabida fórmula anunciaba la hora, y el estado de la atmósfera: luego la luz iba disminuyendo, toda volvía á quedar en el estado de silencio y oscuridad interrumpido un momento por la linterna y el monótono canto del sereno.

Aterido de frío llegué á divisar la puerta de mi casa, y ya metía la llave en la cerradura cuando vi rebullirse un bulto en un portal que tenía al lado,

al mismo tiempo que una voz débil y temblorosa exclamaba:

—Una limosna, caballero.

—Pedro, exclamé, ¿cómo te hallas en este lugar y á tal hora!

—Ah! es V., D. Carlos, dijo el mendigo.

—¿Por qué no te vas á tu casa? la noche es muy cruda y corres riesgo de morir helado si la pasas en la calle.

—Señor! no tengo casa.

Y luego haciendo un violento esfuerzo para ahogar la emoción añadió:

—El casero me ha echado.

—¿Bárbaro! exclamé.

—No he podido pagarle la mensualidad y... como sus fincas no sirven para albergar pillos sino para que le renten, según dice, me ha arrojado...

En vano supliqué; en vano le pedí que me permitiera llevarme tan solo el cobertor del jergón para abrigarme, para disminuir el frío: me debes doce reales y todos tus chismes apenas valen cuatro cuartos, me ha contestado; vete pronto si no quieres que te eche á palos de mi presencia.

Las lágrimas ahogaron la voz del mendigo; en vano quiso contenerlas, se escapaban lentamente de sus ojos, siendo cada una de ellas una elocuente y amarga acusación contra el hombre que tan brutalmente le había tratado.

Vamos, Pedro, consuélate y no temas; si hay seres desprovistos de todo sentimiento humano, los hay en cambio llenos de caridad, cuyo único placer consiste en derramar por todas partes la paz y el consuelo.

Ah, señor, la miseria es muy repugnante y los hombres huyen de ella; el mendigo es un leproso cuyo contacto todos temen.

Y añadió después de un breve rato de silencio.

—Si yo no fuese ciego, si mis ojos no se hubiesen cerrado para siempre á la luz del sol, ganaría mi sustento con el trabajo, tendría un techo donde albergarme, una familia, afecciones... pero al cerrarse mis ojos á la luz se cerró mi corazón á toda idea de dicha: fui un ser excepcional privado de los goces de los demás; solo me quedó el derecho de alargar mi mano al caminante y pedirle una limosna; de sentarme á la puerta del templo para recoger el óbolo que muchas veces me arrojan para librarse de mi importunidad, como se arroja un hueso á un perro... ¡Sociedad! ¡sociedad! bien cruelmente me castigas. (Se continuará).

Por todo lo no firmado, JAIME JEPÚS.—E. R.

Barcelona.—Imprenta de Jaime Jepús, calle de Petritxol, núm. 14. principal.—1862.